

DE POLITICA Y MILICIA

I

La trama bélica o castrense se asemeja intensamente a la política. Una y otra se caracterizan por la enorme densidad que su potencia exige, y sin la cual ni la Milicia se halla en condiciones de producir una buena Fuerza Armada, ni la Política da lugar a un Régimen o, incluso, a un Estado bastante fuerte para soportar las sacudidas que el hombre aislado es capaz de originar cuando ha elegido la ruta señalada por los ángeles avernos. Y ambas tramas son tan parecidas, que, acaso, al estudiarlas, sea difícil concretar sus diferencias, y se acabe por decir de la primera lo que más cuadre a la segunda, o por no saber de cuál se trata en el momento de lograr la definición de una cualquiera.

Mas dejémonos de prólogo sin título —o de aclaraciones previas— y entremos a explicar lo que sentimos sobre tramas estatales o entendemos de los medios y factores que les dan la consistencia que precisan.

La trama, en política y en milicia, está formada de hombres que se instalan en los nudos del tejido o de la red; y hay que tener en cuenta que esos hombres son tan diversos como las plantas que nacen de la

tierra. Pero, en la vida humana, es necesario que los nudos sean iguales, a fin de que el tejido sea homogéneo y la estructura esté en condición de soportar la carga que va a empezar a gravitar sobre ella; y esa igualdad es función de ideas o principios, que, a su vez, son los que integran los factores de la trama antes citada.

Por instinto, los hombres tienden a agruparse con arreglo a esas ideas o principios. Se encarga de ello la misma fuerza que produce las diminutas combinaciones de los átomos y que origina los grandes equilibrios astronómicos. En efecto, la cohesión produce masas, y las masas obedecen a unas leyes que son más fuertes que ellas; y, como es lógico, el ser o el cuerpo que forma parte de un conjunto determinado, procura que la ley de que depende su propia vida o trayectoria prepondere sobre todas las demás. Y de ahí la lucha entre las masas, cualquiera sea el sentido de su carga o el valor de su potencia.

Por supuesto, las diferencias fundamentales no son bastante grandes para inducir a tantas sendas como individuos hay en la Tierra. La carga —en el mundo y en el átomo— es positiva o negativa, y nada más. El voltaje sólo establece diferencias secundarias. Las fuerzas son iguales o contrarias. La trayectoria de los satélites se debe a la atracción de las estrellas; y, así, las ideas políticas y morales que son lanzadas por los hombres no vulgares facilitan la cohesión de los restantes y son la base de las tramas constructivas o destructoras, en cuyas redes caen los seres de tendencias similares, y se acumulan hombres que —sin saberlo— andaban a la zaga del que ahora les ofrece un refugio colectivo. Y así se forman los partidos, y se crean

las Naciones, y se organizan las diferentes Fuerzas de Aire, Mar y Tierra; y así comienzan las grandes luchas militares y políticas.

De eso se deduce que la trama está integrada por varios personajes que dirigen y por muchos individuos que obedecen. (De momento, no hablamos de aquellos otros que se niegan a escuchar al que dirige sin hallarse en condiciones de escalar la gran pendiente que conduce hacia la cima o al simple nudo que asegura la maraña. Ya surgirán más adelante. Ahora sólo interesa hacer constar que aquella trama es consecuencia de las fuerzas de los hombres que la forman, y que esas fuerzas son mentales --psicológicas--, y pueden ser conscientes o intuitivas, y —en fin— se manifiestan en valores conocidos: *mando* y *obediencia*.)

II

Obedecer es lo contrario de mandar; y, sin embargo, *mando* y *obediencia* no se oponen entre sí. Hay quien, obedeciendo, ayuda directamente al Jefe de la Nación o al Alto Mando de un dilatado frente de operaciones; y hay, por el contrario, quien mandando en la provincia o en la fuerza destacada se limita a cumplir las órdenes que ha recibido de su inmediato superior. Si predomina el buen sentido o el concepto del deber, se manda obedeciendo o se obedece dirigiendo. Inteligencia, sentimiento y voluntad no siempre se coordinan. En cada ser destaca un extrañío conglomerado de aquellos tres factores de la vida. Kaunitz, sirviendo a su gran emperatriz —María Teresa—, con un entusiasmo que la ambición no hubiera sido capaz

de proporcionarle, ofrece un ejemplo típico de acción tribásica y rectilínea, en la que se destaca un extraño conglomerado de inteligencia, sentimiento y voluntad. De igual manera, Zieten, Moltke o Hindenburg, al frente de su ejército, y directos responsables del cumplimiento de las consignas de su monarca, ofrecen más ejemplos de sumisión en que se mezclan sentimientos cuyo análisis no cabe en este breve comentario; y, sin embargo, los grandes jefes militares se convierten, simplemente, en otro más —uno cualquiera— cuando su fuerza forma parte de un frente extenso, en que los ejércitos se agrupan en formaciones superiores.

De ahí la gran cordura del que, no siendo inteligente, se acoge a la orientación que emana de su ambiente, sin que él sepa por qué sí ni por qué no debe seguirla. De ahí, también, que aquel que sabe lo que se hace en este mundo —llámese Pericles, Kaunitz o Cavour— no pueda soportar la senda monofásica de la ambición o del deber, y sólo se deslice con violencia (*voluntad*), cuando el bienestar de su conciencia (*sentimiento*) y la razón de su argumento (*inteligencia*) están de acuerdo en la elección del buen camino.

Mas no pasemos de ahí. Tornemos al motor que mueve la Milicia o regula el bienestar de la Nación.

Del centro de su esfera emanan ondas —órdenes o simples directivas— destinadas a mantener el rumbo y velocidad de los satélites. Así se evita que otras esferas se derrumben y se consigue que la trama tenga arraigo y se forme poco a poco una maraña, que es la que rige los destinos de la Fuerza o del Sistema utilizado. Y, por supuesto, ocurre, a veces, que el de

enmedio se desvía en ese caos, y de resultas, ya no sabe qué es mejor, ni qué mandar, ni cómo hacerlo.

La energía necesaria se exhala por los radios hacia una periferia que no tiene consistencia y que es independiente de la terrestre en que se asientan los municipios, las escuelas, los cuarteles, los puertos y la infraestructura aparatosa y complicada a que se acogen los aviones. Y no importa —ya lo he dicho— que se trate de Milicia o de Política: la trama se parece, y los factores son iguales: de arriba abajo —o dentro a fuera— se manda o se dirige, y en sentido inverso, se obedece.

III

En el Ejército se manda; y, sin embargo, no se distribuyen órdenes sin saber que van a ser cumplimentadas. (En la trinchera el soldado espera ansiosamente la hora del combate, porque si no llega, la guerra durará más de la cuenta.) Pero es indispensable —en ese Ejército— que las órdenes tengan un carácter imperativo: la forma, el tono, la estructura y concisión de cada párrafo deben producir la sensación de que el impulso es definitivo y de que el hombre llevará a cabo lo dispuesto como autómatas: sin tener que desplegar su voluntad.

En resumen, lo de mandar es pura fórmula. En realidad, el que manda se limita a dirigir.

Se trata, sin embargo, de una dirección a fuego lento. El subordinado ha recibido la preparación indispensable para saber qué cosas va a tener que realizar, y el jefe sabe que la tropa está dispuesta a obedecer.

¿Qué más?

Creo que nada. Con eso sólo se decanta lo severo de las órdenes castrenses y se recoge aparte lo que tienen de político o de suave. Lo primero abulta poco; y, en cambio, la segundo es casi todo.

Las órdenes emanan del Ministro, pero han sido preparadas por las Grandes Direcciones. Luego, son cumplidas por las Armas combatientes o por las unidades resultantes de su oportuna mezcla.

Por tanto, el entramado existe. Hay líneas verticales y horizontales, y esas líneas tienen zonas de contacto.

No es fácil describir cada detalle.

La personalidad jurídica de las Grandes Direcciones, y la personalidad colectivista, jurídicamente amorfa y colectivamente antijurídica de las diferentes Armas combatientes, son dos entes que se enlazan con torpeza, procurando, cada cual, ser más potente que el que trata de instalarse en el asiento del contrario.

Las Armas combatientes equivalen a los miembros del cuerpo humano. Direcciones de servicios son las vísceras que dan las secreciones necesarias para lograr que aquellos miembros se mantengan a la altura de su misión más importante. Pero un brazo solitario es tan inútil como un páncreas inerte; una musculatura muy potente exige un corazón proporcionado. El hombre vive a base de equilibrio, y de este último factor depende su energía física y moral, su voluntad, su ánimo y aun me atrevo a incluir en lista: su felicidad, o al menos, la paz de su conciencia en este mundo.

Pues bien, la Fuerza Militar es como un ser que vive en igual forma y sobre bases parecidas. Tiene *potencia y energía* —su propio rendimiento depende de ellas—; tiene *firmeza y voluntad* —han de servirle para vencer—; tiene *conciencia de su deber y buena idea de su misión* —y éstas van a darle su prestigio—; tiene, en fin, *audacia* (que empleará cuando haga falta), *moralidad* (para extirpar los gérmenes nocivos) y *altruismo* (sin el cual no se hallará dispuesto a pelear).

Y esa Fuerza es impulsada por su esencia. Es, cien por cien, dinámica. Cuando el conjunto avanza o se detiene el Personaje de la cumbre ya no sabe si la idea partió de su cabeza o fué acogida con firmeza o con desdén. Pero eso no lo dice; y, si es discreto, calla, dejando que se crea en su energía o inteligencia (sobre todo si él obtuvo una victoria).

La batalla de Cannas fué descrita *a posteriori*. Y, por supuesto, ni Aníbal tuvo el más mínimo interés en demostrar que los sistemas utilizados por su enemigo eran mediocres (y, así, facilitaron su triunfo), ni sus mejores panegiristas se atrevieron a decir que los romanos se encontraban todavía bajo la desmoralización originada por las batallas de Trebbia, de Tesino y del lago de Trasimeno.

La historia manda una vez sedimentada. Cuesta trabajo convencerse de los resultados conseguidos por un incansable investigador de oficio. Pero cada cual tiene derecho a meditar un poco y a pensar que la propaganda no es cosa tan reciente como todos suponemos, y a estar seguro de que hubo siempre grandes escritores que lograron con su pluma dar valor a unas

ideas que ni eran ciertas ni estaban aún en mente alguna. Y no cito nombres, porque nadie me creería.

Con frecuencia el político aparece en desacuerdo con el jefe militar.

Si desconfía a tiempo —como ocurre siempre en los ambientes democráticos— recurre a sus propias entidades o instituciones estatales para lograr que dicho jefe se halle atado de pies y manos y no pueda establecer un plan que se halle en pugna —o simplemente en desacuerdo— con las ideas o impresiones del Gobierno. A ese efecto, los miembros de los diferentes Consejos Superiores son escogidos entre los Generales más adictos u *obedientes* al régimen reinante; y por si eso fuera poco, aun se autoriza a varios parlamentarios para estudiar las disposiciones emanadas de los Grandes Cuarteles Generales, y su parecer es atendido como “técnico”, cualquiera sea el oficio o beneficio del firmante. El criterio de Mac Arthur, en la guerra del Pacífico, se hallaba refrendado por el Congreso americano: su evasión de Filipinas y la orientación que dió a las grandes operaciones de reconquista fueron tácitamente autorizadas —y admirablemente acogidas— por el poderoso Centro político de referencia. Y en Inglaterra, Montgomery fué tratado con más respeto aun. Las inspecciones que sufrió fueron de altura. Churchill, *Premier* británico, se presentó diez veces en el Estado Mayor de “*Monty*”, y cada vez firmó en el album de las visitas, al pie de unos renglones en los cuales resumía favorablemente su impresión. En Londres se ha publicado un folleto bien presentado con la reproducción de los laudatorios autógrafos que fueron pergeñados por el Jefe del Gobier-

no en Alamein, en Trípoli, en Argel, en Marrakesh, en Inglaterra, en Normandía, en Amberes, a orillas del Mosa, a las del Rin y, en fin, en Lüneborg; siendo necesario todo el prestigio del nuevo Lord de los Cinco Puertos para que el orgulloso Jefe de Estado Mayor de las actuales Fuerzas Imperiales del Reino Unido se mostrara conforme —y hasta satisfecho— con el refrendo de un político a sus hechos victoriosos.

Pero Estados Unidos y Gran Bretaña son casos especiales.

En general, la política interviene en forma inadecuada: *manu militari*.

Un ejemplo:

La defensa de los Soviets comenzó con varios Grupos de Ejércitos, que se hallaban a las órdenes de otros tantos Mariscales: al norte, Voroshilov; en el centro, Timochenko, y, al mediodía, Budenny; y el conjunto estaba *mandado* por una Junta constituída por 14 Comisarios, presididos por Stalin. Y este *mando político*, al que se hallaban subordinados los Mariscales, era —en efecto— más estable que los mandos militares ya citados.

Al principio, los alemanes avanzaron fácilmente. Y, en vista de ello, Budenny y Voroshilov pasaron a la reserva de los Soviets; Timochenko se hizo cargo del sector meridional, y Zhukov —que era sólo General, y joven— tomó el mando de las fuerzas que se hallaban desplegadas en defensa de Moscú. Constantino Rokossovsky, Govorov y Golivov acudieron, luego, a otros sectores; pero, esa vez, la Junta se redujo al propio Stalin, que dejándose de más contemplaciones —y de política—, se elevó a la categoría de Mariscal de los ejércitos soviéticos.

IV

“El Estado debe hallarse por encima de los partidos.” Es un antiguo axioma que pugna todavía por mantener su privilegio. En él está basada la paz interna de los pueblos.

En tanto que el Estado sigue en la altura, fuera de alcance, los partidos son sostenes de su inextricable trama, y el edificio conserva la solidez precisa para evitar conflictos interiores o enfermedades lentas que minen su potencia, y tiene el *savoir faire* indispensable para lograr que el *mando* se asemeje a una sencilla *dirección*.

Pero la oposición es suficiente para unir a los de fuera; y una vez unidos estos últimos, aquella oposición gana en potencia. Cuando había solamente dos partidos, el fluctuante, el ambicioso, el inconstante, el indeciso y el apolítico se encargaban siempre de asegurar la mayoría en el Poder. Había que promover un subterfugio para conseguir una derrota del Gobierno. Era preciso conceder una importancia inusitada a ciertos asuntos estatales, para luego decidir que pocos votos negativos tenían valor bastante para determinar el derrumbamiento de una poderosa mayoría. Pero, a partir de la existencia de tres o más principios o modos de gobernar fundamentales, ocurre que la oposición es siempre más potente que el Poder; y así vemos, sin ir más lejos, que un proyecto elaborado por tres partidos dan lugar a una Constitución que uno sólo admite, y aun eso, sin estar del todo pergeñada a gusto suyo.

Y en estas condiciones el Estado ha de seguir en

su postura: quieto. Pero es difícil comprender si eso es posible. Quietud no es vida, en este mundo; y aun conviene recordar que hasta la muerte trae consigo movimiento y lucha, a causa de una ley compensadora que ahora sólo se comienza a comprender. Y en vista de eso el Estado se mueve; y para ello se disfraza: toma apariencia de silueta, y deja que un partido —alzado a régimen— lo absorba.

Entonces, el jefe del partido que se alzó, se pierde pronto en la maraña. Los adversarios se apresuran a convertir su corredor en laberinto; y, cuando vacila, obstaculizan su derrota y acaban por hundirlo y degradarlo.

Si es en guerra, el castigo es duro. Lo saben todos, y esperan impacientes; y cada cual procura convenirse de que llegará algún día en que la paz se restablezca y la tierra ya no sufra, y en que los surcos ya no oscilen cuando pasen los aviones, y las piedras ya no teman que unas ondas muy violentas las remuevan y las dejen sin asiento sobre el suelo para el cual no están labradas ni cortadas; y ese día... “ya hablaremos”, se dice el que no sabe de querer a su Nación.

Pero, las circunstancias mandan. No hay que oponerse a lo que es inevitable. La corriente ahoga al que se pierde en ella. Polonia —sujeta a los efectos de una doble marea ascendente, y con su pasillo (¡ahimé!) ocupado y conducente a un mar que no fué suyo— queda en la postura de un islote que se hunde lentamente en pleno océano. Para salvarse —hogaño—, hay que volar, y andar aprisa por el aire; y, para eso, ya no basta ser penígero: las alas sobran, ante un motor atómico, y las naves no soportan la reacción.

Rusia y Alemania —motores o causantes de aquellos *ras de marée*— han dado un constante ejemplo de intervención ordenatoria en la política. En ambas naciones, el mando ha prevalecido siempre sobre la dirección; las disposiciones estatales han tenido un aspecto más tajante que en otras partes, y ha habido incluso largos períodos en que el poder ha tenido un carácter autocrático.

En la época de Federico el Grande, la política interior estuvo anulada. El interés de su reinado —y aun de su tiempo— fué absorbido por las campañas de Silesia y la famosa guerra de los Siete Años. Las alianzas, los acuerdos, la infantería prusiana, Kolin, Rosbach, el orden oblicuo, Leuthen, Zorndorf, etc., fueron los jalones de esa historia. El propio monarca dirigía su Gobierno, la economía y la justicia; y, al final de la existencia, justificó su orientación, diciendo, en sus “Memorias”, que los príncipes han de obrar como el puñal de Aquiles, que al producir el daño, lo curaba. Voltaire, su gran amigo, discutía con él sobre la guerra. Admiraba, a cuenta suya,

“*el arte de matar, y el de agradar*”;

pero el autor de los “Discursos sobre el Hombre” fué sustituido por Lessing, por Herder, y en último lugar por Goethe, que —al morirse Federico— musitó que “*el silencio vale más que las palabras*”.

A los dos siglos, Hitler se abalanza hacia la cumbre, para ensanchar, también, su Reich. Quiere gobernar en siglo xx, a velocidades supersónicas. Tampoco tiene tiempo de escuchar, ni consultar. De milagro, hace *Mein Kampf*, que va a ser Credo de las huestes

que le aplauden. Mas luego, sólo impera su firme decisión de ganar tiempo (a costa, sin embargo, de abandonar, antes de Nürnberg, a los que le siguieron cuesta arriba). El 24 de marzo de 1933, el Gobierno alemán queda investido del poder indispensable para dictar sus propias leyes, que aun han de ser ratificadas por el Reichstag. En un segundo tiempo, el poder legislativo pasa, de hecho, a ese Gobierno, que ya no necesita la ratificación del Parlamento. Y, en fin, el 10 de mayo de 1933, el Gobierno mismo pierde atribuciones: Hitler se reserva el derecho de solicitar una confirmación de cada ley, y, a ese efecto, el Ministro Jefe de su Cancillería y Presidente del Consejo de Ministros para la defensa de Alemania, decide "si las propuestas del Gobierno se deben desechar, o presentarse al Führer para que ejerza su *derecho de iniciativa*".

El sistema es conocido. Sin preámbulo, ha sido utilizado en Rusia, antes y después del advenimiento de Lenin. Fué seguido en los reinados de Ivan IV y Pedro el Grande, en los de ambas Catalinas, y en los otros de Alejandro y Nicolás, para tratar de mantener la autoridad, y traer en pos de sí la guerra de Manchuria y la de Europa, y abrir la válvula soviética, que arrastra más conspiraciones, una nueva tiranía, otras matanzas y un estado psicológico y moral que obliga al gobernante a sobrepasarse continuamente en sus principios, sus ideas, sus actos y sus métodos de lucha, y que exige del campesino y del obrero, una vida bajo el yugo de la Cheka, de la propia O. G. P. U., y, en fin, de la imponente N. K. V. D., que ahora lo vigila día y noche, lo tortura, lo amedrenta y lo convierte en una res que no se aparta del rebaño. Y esta nueva policía se limita a sustituir —sobrepajar, diríamos me-

jor— a la antigua Okrana y a los famosos strelitz y oprichniki de otros tiempos anteriores. Basta leer en calma los relatos de Kravchenko (1), de Koestler (2) y de otros muchos que han sabido analizar el desarrollo de las ideas y de los principios de la U. S., para llegar a comprender hasta qué extremo es cierto ese objetivo. En Rusia, partido y policía gubernativa son lo mismo. El primero absorbe a la segunda; y ésta sin aquél se siente aislada, desorientada. La idea se incuba en el vacío; nace en la calle, y le da fuerza quien la expresa y la confirma. Los tribunales son órganos políticos del propio Estado soviético; y no se trata—lo dijimos— de una simple innovación, porque, de antiguo, las condenas han estado relacionadas con el régimen, y cuando aquellos tribunales no ejercían su influencia con la energía debida, el Gobierno—o el propio Zar— se encargaban de dictar cuantas medidas o imponer cuantos castigos resultaban necesarios para evitar la eterna “conspiración” (que ha sido, en todo tiempo, el verdadero estigma de la historia moscovita).

Y, entre tanto, el mudjic evoca siempre a su filósofo: Tolstoi.

Pero “esos polvos trajeron estos lodos”. Los demócratas copiaron lo más pingüe; y como sus partidos eran varios, y sus programas eran amplios, abrieron de par en par la entrada de sus propias residencias, acogieron a una masa impreparada, crearon cuerpos especiales, ensancharon dependencias, alargaron las escalas y se asentaron sobre una base que ha servido sólo

(1) *I chose freedom.* (Nueva York, 1946.)

(2) *Cero et l'infini.* (París, 1946.)

para aumentar el tráfico o acarreo de los oficios o expedientes nacionales.

Todo cambio, pues, aporta gente; y ocurre que la puerta sólo se abre en un sentido. La nacionalización de los transportes, de las industrias y... del campo, traerá consigo la estatificación del hombre, que, nacido al pie de cierto escalafón, emprenderá la marcha lentamente. De ese modo, el Estado se incautará de la Nación, de igual manera que un partido —o un régimen— ha logrado, a veces, posesionarse del Estado; y, entonces, las grandes democracias concluirán escayoladas.

Y pongo punto en la materia, para tornar a mis primeros comentarios.

V

Vuelvo al hombre de la mesa, o del teléfono. (A la postre es el que manda o logra que la gente quede bien encarrilada. El otro —el de la calle— prefiere hacer lo indispensable. Hay pocos hormigueros cuesta arriba.)

Voy a seguirle hacia su meta, para, luego, analizar los actos premeditados o instintivos que es capaz de realizar en beneficio o detrimento de la masa dirigida o gobernada. Pero, antes, conviene recordar que aquella meta está a más cota que la tierra lisa y llana. Para lograrla, ha de escalarse una pendiente, y esto sólo se consigue trabajando. Nadie sube en helicóptero a un Matterhorn; sino luchando, paso a paso, a fuerza de piquetes y de cuerdas, y exponiéndose a morir a cada instante. Es más, el que sube por su propia voluntad

—todo alpinista, según lo dicho— gusta de elegir la senda menos larga o más peligrosa. No se contenta con llegar. Quiere hacerlo pronto, para que el tiempo —arriba— le permita madurar las intenciones o proyectos que le indujeron a partir.

Visto desde fuera, el que sube de ese modo es ambicioso. No hay más que verlo: pide, vocifera, alega sus razones, ofrece beneficios y recurre a lo que sea para alcanzar de prisa los sucesivos riscos de su monte. Pero, a pesar de todo, ese ambicioso encuentra ayuda en el de arriba y los de abajo: *el primero* teme por su propia situación, o se convence de que el ansioso o el superdotado va a serle útil; y... *los otros* ya comienzan a pensar en las prebendas. En 1922, el rey de Italia mantuvo quieta a la guarnición de Roma; y, a los diez años, Hindenburg abrió las puertas al futuro Canciller del Reich. A éste, los votos ayudaron; y, al Duce del fascismo, enormes huestes aclamaron, de Rieti a Roma.

Y, de este modo, se establecen los enlaces, los nudos se aseguran, la masa se condensa, los intereses nacen; y, al fin, el Jefe deja de luchar: sube solo, lanzado —más que empujado— por sus secuaces.

Ambición, sin duda. Pero, hay algo más. El que sube aporta un tanto no despreciable de su específica virtud. Para que un pedazo de hierro dulce que se desplaza bajo un papel, ponga en movimiento las virtutas que se encuentran sobre el mismo, es necesario que ese hierro esté imantado y que las virtutas sean de cosa semejante a aquel imán. Y, en efecto, a más de por quererlo —o ambicionarlo— el hombre llega por su *fama*, por su *nombre*, su *valer* o su *valor*; y, en esta cuarta categoría, no sólo está el que ha sido muy valiente sobre el campo de batalla, sino también el que halló el

modo de subir pausadamente, por su mérito o su nombre, hacia esa fama.

Valer intrínseco es un factor pasivo. El valer—valor moral, sin duda— tiene que irradiar para ser útil; y cuando irradia, se convierte en mérito o prestigio.

Pero, a su vez, prestigio es algo así como una esponja no empapada o como un globo sin inflar. La esponja de nada sirve sin agua limpia y clara, y el globo sólo adquiere su verdadera forma cuando se le inyecta el gas que cabe en su interior. Sin gas o sin metano, la forma está latente: el prestigio sigue sin convertirse en fama.

Pero, esta fama, en política y milicia, se parece a un fogonazo, o a un incendio muy violento. El político que logra una victoria nacional, llega a su meta en poco tiempo; y otro tanto ocurre al comandante en jefe que regresa en triunfo de la guerra. La masa les aplaude, y se olvida pronto de ellos; y la historia los menciona cuando el pueblo ya no sabe quiénes fueron.

Y, otra vez, aquí, la milicia y la política se encuentran; hasta el extremo de que, a veces, el guerrero asciende a gobernante, y el que gobierna se apodera de las tropas.

VI

Un ministro puede ser *figura*, *cabeza* o *motor* de su departamento.

Lo primero conduce a poco. El figurante ocupa un puesto que no merece, y, muchas veces, que no sabe desempeñar. Hay que pedirle, sólo, cierta dosis de buen sentido; pero esta prenda, por desgracia, no suele formar parte de los bienes intelectuales del que acepta,

por figura, la cabeza de una empresa o de un Gobierno. La razón de ser del figurante está en la solución de un gran apuro. En efecto, cuando no hay a quién nombrar, porque los diferentes candidatos son incompatibles entre sí, o nadie aspira a la vacante, o el que aspira es algo inepto o peligroso, lo mejor es colocar un buen muñeco, y vestirlo con el ropaje más adecuado a la situación en que su mando o jefatura va a deslizarse.

Sólo el que se encuentra en condición de ser *cabeza*, está indicado para alcanzar el cargo. El sabrá tener en mano las diferentes riendas de su departamento y actuar sobre ellas con la precisión y el tacto necesarios. No abusará de mando; oirá a la gente, y sabrá escuchar a quien le dé buenos consejos. Ni caerá en innecesarias dejaciones, ni olvidará los principios fundamentales de una perfecta y ponderable dirección.

El buen *cabeza* regulará la marcha de su fábrica o de su ejército por medio de un motor, pero sin ponerlo en movimiento con auxilio de sus propias fuerzas. Guardará sus energías para la dirección de los trabajos, pues si las gasta en menesteres secundarios, cuales son los concernientes al demarraje y aumento de volumen de los grandes expedientes, no podrá aplicar su entendimiento o capacidad de mando a lo demás. No hay que olvidar que la acción de discurrir exige un pequeño tanto de fuerza física, y que empuñar el mango de la maza destinada a picar la grava de un camino, obliga a meditar un poco sobre el modo y manera de realizar la operación encomendada.

Mas, con cabeza sólo nada se hace. "*Saber mandar*" o "*no saber hacerlo*" es una cosa; pero otra muy distinta es "*mandar*" o no "*mandar*". Hay quien *sabe*

y quien *no sabe*, y hay quien *manda* y quien *no manda*, sin que el que sepa venza siempre su propia repulsión hacia el esfuerzo de mandar, ni el que no sabe logre abstenerse de hacer lo que le dicte su conciencia.

Hay hombres, en efecto, de inteligencia bastante clara para llegar a comprender lo que conviene a los demás —o a su ejército o a su patria—, y que no tienen la energía necesaria para vencer la inercia resultante de los muchos pareceres que se oponen a su idea o su principio o su manera de pensar. Y eso les pasa por desidia, o por falta de valor mental o físico; no quieren dar las órdenes sin estar convencidos de que van a ser bien acogidas o, al menos, de que van a ser dictadas o distribuídas con entusiasmo por los inmediatos encargados de redactarlas o copiarlas, y de enviarlas a su destino, y de hacer que otros las cumplan; no son capaces de vencer la inercia de sus propios auxiliares o los muchos rozamientos que los otros de más lejos se han propuesto originar; no tienen, finalmente, la energía indispensable para luchar consigo mismos y decidirse a realizar el gran esfuerzo necesario para imponer lo que se quiere cuando el de fuera se percata de la escasa voluntad del que dirige. No hay que olvidar que, a veces, se trata nada menos que de empujar a fondo varios miles de soldados a través de una imponente granizada, desde un teléfono instalado a gran distancia. (Y esto es fácil, comparado con el gobierno de una masa en rebeldía.)

Pero, no todo es indolencia. Hay lo contrario: generales, diplomáticos o políticos ilustres, o personas que han llegado a tales cargos con muy poco de notables, que se obstinan en mandar más de la cuenta, y que ordenan lo primero que discurre por su mente, o

convierten en mandatos todo cuanto les sugiere su lectura un poco rápida, sin oír a los que están en condición de aconsejarles, ni escuchar a los que intentan disuadirles de una idea que va a causar peligros superiores a la ventaja vislumbrada.

Lo equitativo —como siempre— está en el centro. Pero a fin de conseguir el equilibrio necesario, hay que tener en cuenta la calidad de los extremos, y no olvidar que hay dos problemas sucesivos: *saber lo que conviene* y *hacer que eso se cumpla*. (Y por cierto que el primero fué el que trajo tanta fama a aquel que supo encaramarse en lo alto del tinglado.)

Lo que conviene hay que pensarlo, darle forma y difundirlo; y, para eso, es necesario ese tinglado. En efecto, cada vez hay más departamentos y, en cada uno, más despachos, más teléfonos, más gente.

El Mariscal Badoglio cuenta, en sus *Memorias*, que una de las razones que alegó la oposición en pro de su caída, fué el sinnúmero de ministerios que integraban su Gabinete; y, sin embargo, en el siguiente, los antiguos se desdoblaron a conciencia.

No hay un solo centro, en estos días, que no produzca la impresión de que es posible reducirlo a la mitad. El que recorre un gran pasillo, con afán de localizar el negociado en que supone está el asunto en cuya búsqueda camina, observa de soslayo las diversas oficinas, y saca la impresión de que son pocos los que ponen interés en su misión. Al contrario, se queda convencido de que sobra mucha gente; y es que el sistema cristalero es poco práctico en los vetustos edificios estatales: a través de sus mamparas transparentes, se ven escenas poco edificantes. El ruido de las máquinas estorba, el palique del pasillo preocupa y los rumores

de la calle llegan por encima de la interminable medianería que se extiende hasta el final del ministerio; y esos ruidos y paliques y rumores... no dejan trabajar.

En vista de ello, se han hecho ensayos diferentes. Pero, al fin, se ha decidido recubrir lo transparente con papeles, y alzar un poco las mamparas para aprovechar mejor el tiempo o... conseguir la independencia necesaria.

Ahora, a pesar de tanta burocracia, se oye, con frecuencia, el "*yo lo hice*" o "*yo lo quise*"; y el que habla de ese modo está seguro de sí mismo, y prescinde de la ayuda que encontró en el ministerio, en su despacho o en las oficinas inmediatas.

En efecto, son muy pocos los gobernantes que no orientan sus discursos hacia el modo de pensar que los condujo al resultado que obtuvieron; y, en la milicia, casi todos los relatos —y aun los partes de operaciones— tienen ese sello personal. Los políticos se olvidan de la obediencia que deben al partido que los llevó a la cumbre, y los generales hablan de sus victorias como si las hubiesen conseguido con los puños. Eisenhower, Montgomery, MacArthur, Alexander..., dicen siempre "*yo*", como si no existieran los ejércitos que siguieron sus directivas. Se olvidan de cómo ocurrieron los grandes acontecimientos; se olvidan, al menos, de cómo se produjeron sus batallas, y de que sus respectivos prolegómenos quedaron encastrados en su fin: a cola de milano.

Y en verdad que para decir a todas horas: "*yo lo hice*" o "*yo lo quise*", no parece que haga falta mucha gente. Basta lograr una ligera mecanización de los expedientes, y dejar que el tiempo solucione los proble-

mas. "Hoy las ciencias adentran...", y conviene utilizar medios modernos; por ejemplo: la electrificación de los grandes ministerios.

VII

Y creo que basta con lo dicho sobre mando y dirección. Ahora, sólo falta hablar del modo de conseguir que las respectivas órdenes o directivas sean escuchadas y obedecidas por la masa.

Para lograr esa obediencia, el gobernante o el ingeniero están obligados a recurrir a todos los resortes de la psicología humana y animal; resortes a los cuales tengo la pretensión de referirme seguidamente.

En principio, el ser irracional o racional —así como la masa— obedecen por *instinto*, por *temor* o por *costumbre* o *educación*.

El instinto —lo primero— sólo manda en ciertas razas inferiores. En la nuestra es imposible contentarse con tan poco: el resultado sería nefasto. Es necesario más. Hay que obligar o convencer. Mejor aun: rogar y amenazar conjuntamente: enseñar con la vara en alto.

Pero "vara en alto" es una expresión que suena mal. En teoría, la fuerza sobra; y, en la vida, es triste necesitarla.

Por tanto, hay que educar lo más posible. El derecho político enseña a poner de acuerdo a gobernados y gobernantes; pero no dice la manera de lograr que los primeros obedezcan, cuando los segundos encarrilan sus mandatos hacia las conveniencias generales, nacionales o privadas. Y, si es difícil conseguir que

el ciudadano cumpla lo dispuesto o aconsejado por su alcalde, las cosas se complican sobre modo cuando se trata de exigir, no ya cruzar la calle en el momento en que una luz desaparece o cooperar de otra manera parecida al urbanismo, sino acudir a filas, llevar el paso, obedecer a un jefe insoportable y estar pendiente de un reloj para atacar al enemigo. Y, sin embargo, lo primero es lo difícil; y es que nadie se preocupa de enseñar ciudadanía al ciudadano, al tiempo que al soldado se le habla a todas horas del deber. Aquéllo no se toma seriamente, y estotro, en cambio, se hace cuestión de honor.

Por tanto, hay una diferencia muy concreta entre deber y patriotismo. Así como el deber no impone más que una obediencia relativa, el patriotismo exige un sacrificio terminante. Por otra parte, el deber *se debe* siempre y *lo debe* todo el mundo, mientras que el patriotismo es privativo de abnegados o profesados.

Y, en relación a tan espinoso asunto, no estará de más contar un cuento —sucedido—, que encaja “como anillo al dedo” en este ensayo.

Cuando empezaba el año 36, se presentó en mi casa, cierta tarde, un muchachote con aspecto e indumentaria no corrientes, que llegaba a España para cumplir *con* sus deberes militares. Había nacido en el Japón, y era hijo mayor de unos compatriotas nuestros que allí tenían una pequeña fábrica de abanicos. Se había educado en Kobe, con varios chicos japoneses, hijos de amigos de sus padres, comerciantes o industriales cuyos talleres o negocios andaban cerca de la fábrica citada; y en el colegio había aprendido a manejar los caracteres ideográficos, a usar la cortesía que se es-

tila en el Yamato y a sentir la obligación de ser patriota.

A la edad de entrar en filas, sus compañeros, uno a uno, se marcharon. Fueron vistiéndose de kaki, y alejándose en diversas direcciones. Entonces, mi nuevo amigo —el de este cuento, por supuesto— sintió el deber de hacer lo mismo. Pero, no siendo japonés, se hallaba exento de servicio militar en el Japón; y, de otra parte, no conociendo España, no sentía la fiebre de patriotismo o de entusiasmo que embarga a los demás.

A pesar de todo, el ejemplo se tradujo en sentimiento de algo inexcusable para él; e, influido por el mismo, sin saber el castellano, ni conocer a nadie, llegó a Madrid dispuesto a incorporarse a un regimiento.

“Para mí sería un gran deshonor no haber servido a España. No puedo regresar a Kobe sin antes cumplir con mi deber.” Y, así diciendo, temblaba ante la idea de no hallar en regla sus papeles o de encontrar dificultades para efectuar su alistamiento.

Y, en efecto, la cosa fué bastante complicada. El acento, la indumentaria y la vehemencia extraordinaria de nuestro voluntario, dieron mucho que pensar a los modestos chupatintas de las “Cajas de recluta”; y como quiera que su ficha no se hallaba pergeñada, pasaron varios meses hasta el día en que mi buen recomendado consiguió empuñar un arma. El 13 de julio de 1936 firmó su compromiso en Albacete; y, al día siguiente, fué admitido en el cuartel.

Pero, transcurrida escasamente una semana, comprendió que ese camino estaba en desacuerdo con sus principios. Quiso escaparse a la otra zona; fué detenido y condenado, y pasó toda la guerra en una cárcel.

Hoy ignoro cuál ha sido el resultado de su gestión. No sé si continúa en esta tierra o ha regresado a Extremo Oriente. Sé sólo que vino a España por deber; y, sin la obligación de serlo, fué patriota.

VIII

Patria es un conjunto de intereses colectivos, de carácter temporal o espiritual. Y, por su parte, el patriotismo es la inmediata consecuencia de aquellos intereses; es, simplemente, "amor a la patria".

El patriotismo nace de la tierra. Se trata de una noble aspiración en que intervienen los principales sentimientos o costumbres de la gente que ha vivido en esa tierra. Es cosa real y verdadera; y, sin embargo, la exaltación exige que tenga un carácter abstracto, inerte o inmaterial.

Razas, idiomas, límites, costumbres e ideas religiosas y políticas, son los fundamentos geosociales del patriotismo. Uno cualquiera de esos factores puede originar una verdadera patria (sobre todo si arrastra en pos de sí unos cuantos más). Una montaña prolongada en cordillera, un caudaloso río o el litoral de un ancho mar, son, a veces, suficientes para establecer la margen de una patria; y, de igual modo, puede serlo —según lo dicho—: el predominio de una raza fuerte, el de un principio religioso, o un modo de existencia diferente a los demás.

Nación y patria suelen coincidir; pero, con frecuencia, se complementan solamente. Cuando se cierne una amenaza en lontananza, suele decirse que "la patria está en peligro"; y, sin embargo, acaso el enemigo

sólo aspira a algún derecho o a una porción de territorio. Se recurre a semejante paradoja para centuplicar la fuerza disponible, mediante una inyección de dinamismo. Y conviene recordar que en este caso, la idea de patria contribuye al mantenimiento de la nación organizada.

Sin embargo, el artificio es peligroso. A veces, la amenaza es interior; y, entonces, se catapulta al individuo contra un enemigo abstracto. Se le alza frente al Estado; y, de resultas, se abusa de la Patria, en detrimento de ella y de la Nación en que se funda.

Cuando se vive en un recinto bien trazado —geográficamente hablando—, y la gente, toda, piensa igual, habla de lo mismo y vive una existencia parecida, no hace falta *proyectar* a nadie contra nada. La comunidad se lanza a la frontera, en defensa de lo suyo, sin que el jefe diga que ha de hacerse. Dios lo quiere con su Santa Voluntad, y... basta.

Las dificultades surgen cuando, dentro, las costumbres, los idiomas o los principios son diversos, ya que, entonces, algunos pueden encontrarse en relación con los de fuera, o la diversidad de razas, ideales o religiones, puede causar la exaltación, sin que intervenga el forastero.

El deber, entonces, se complica. A veces, se traduce en amor propio; y esto ocurre sobre todo cuando llega la ocasión de no cejar; e importa poco —en este caso— que la causa de semejante obstinación sea religiosa, filosófica o moral.

Polonia es uno de los países más patriotas de este mundo; y, sin embargo, apenas sabe lo que es patria. En la antigua casa de Lituania, que forma parte de

una rama del apellido Radziwill, figura un príncipe Guillermo que murió en Ucrania, en el combate de Malina, en abril del año 1920, siendo, según la escuela, capitán de Caballería del ejército polaco, teniente retirado del ejército prusiano y antiguo subalterno de la Guardia rusa. Y, por supuesto, hay otros muchos poloneses que se encuentran en la misma situación; basta recorrer las páginas del Gotha para encontrarlos.

La explicación es fácil. La amenaza —ya se dijo— intensifica el patriotismo; pero cuando la nación desaparece, hay que esperar, en frente, la ocasión de retrazarla. Si el príncipe aludido no hubiese muerto en el combate de Malina, hubiera presenciado la segunda avalancha contra su patria, sufrido la doble ofensiva rusa y alemana de 1939 y visto otro hundimiento de Polonia, para, esta vez, dejar de pertenecer al ejército polaco y soportar condena a muerte por desertor de Rusia y de Alemania. Y, sin embargo, era polaco cien por cien.

Pero aquí no acaba el desconcierto.

En Gibraltar, no hace seis años, tuve ocasión de saludar al Mariscal Sikorsky. Amistades de otro tiempo me ayudaron a tratar lo que quería. El llegaba de Moscú, de tomar cierto contacto con los rusos, y de lograr que se formaran las legiones que a las órdenes de Stalin, se iban a constituir con los polacos procedentes de las cárceles soviéticas. Se mostraba satisfecho de cuanto había llegado a conseguir. Su optimismo era evidente. Confiaba en la victoria de Inglaterra y estaba seguro de que Polonia volvería a ser lo mismo que había sido entre los años 1919 y 39.

Le pregunté si había tratado personalmente a algún soldado de su futuro ejército y si sabía con qué ganas iban ellos a alistarse y a ser mandados por los

mismos —acaso— que les habían encarcelado y habían matado a sus oficiales, por... “polacos” y “rebeldes”. Mas, claro, su discreción fué grande; y, en la mesa de Lord Gort, no me atreví a insistir.

Al poco tiempo, la potencia militar de Rusia impuso a los polacos la cesión de una grande parte de su propio territorio. (Se habló otra vez de la línea Curzon, y de compensar aquella pérdida con la problemática entrega de las provincias orientales de Alemania.) No había alternativa. No se trataba de elegir entre dos métodos diversos, porque las circunstancias se imponían. No fué posible recabar el cumplimiento de la Carta del Atlántico, porque Roosevelt *no estaba en eso*. No era el caso de ceder o no ceder, de ir a la guerra o de mantenerse en plena paz, porque la guerra seguía su curso y no había modo de pararla. Se trataba sólo de resignarse a obedecer, renunciando de antemano a cualquier compensación futura, y soslayando la amenaza de otra *pasada* de los Soviets sobre Varsovia, ya mutilada y destrozada.

De resultas, el Gobierno polaco de Inglaterra pierde posición, y surge la famosa “Comisión de Lublin” (1944), constituida oficialmente con personas pertenecientes a varios partidos, que se someten a la U. R. S. S., en la esperanza de volver a su postura primitiva y en la idea de enmascararse en forma tal que ni siquiera los comprendan sus actuales vencedores. Pero, en el seno de esta triste Comisión, hay tremendas discusiones. Las hubo siempre entre polacos. Bonaparte las sufrió. No pudo cooperar a la ambición de Poniatowsky, por temor a que su gente no quisiera obedecerle. Renunció al consejo de su amante —la Walewska— por hallarse convencido de que nunca habría

unión entre los hombres destinados a trabajar la independencia de Polonia.

Y este desorden origina otro desastre. En agosto de 1944, se produce una segunda insurrección. Los Soviets se ponen en contacto con la zona conquistada por las fuerzas hitlerianas; y, ante el peligro, Sonskowsky y luego Bor, se alzan a favor de aquellos últimos. No quieren caer en manos de los rusos. Pero Inglaterra nada puede; y los polacos ceden, después de presenciar otro hundimiento de Varsovia y de perder cien mil cautivos y un doble número de muertos.

Hoy, el optimismo desenfrenado de los polacos sufre una pausa. Los de fuera siguen confiando en la Divina Providencia —pues de América e Inglaterra ya no es mucho lo que esperan—. Pero dentro, ¿quién sabe lo que piensan los patriotas que subsisten?

IX

Cuando se trata de divergencias interiores, el patriotismo no es tan fácil de explicar.

Parece extraño, a primera vista, que puedan existir dos patriotismos diferentes —y aun opuestos— que den lugar a una rencorosa convivencia o incluso a una contienda. Mas lo cierto es que eso ocurre con frecuencia, sin que sea posible hallar la causa de un hecho semejante más que en el egoísmo o en la impulsión errónea de una masa organizada prematuramente.

La política, la raza, la religión... —cuando no la desorientación política, racista o religiosa—, suelen ser origen de la lucha. Las grandes asociaciones populares comienzan su tarea sin pensar sino en ventajas econó-

micas para sus propios alistados; pero, al tratar de convertir en leyes sus deseos y de ahondar en los estudios económico-sociales, o de establecer las normas de trabajo, o de contribuir directamente al interés de la nación, o de convertir en estatales sus diferentes órganos ..., lo hacen sólo a fin de engrandecerse, pensando, sin querer, en traducir lo relativo en absoluto. Y esto sucede, cualquiera que sea el motivo que origine la discordia; y es que los factores religiosos, racistas o políticos, se hallan casi siempre confundidos, y no fácil desligarlos.

No es hora --por supuesto-- de tratar nuestros asuntos. Pero tampoco es lógico pasarlos en silencio.

Nuestra guerra liberadora fué política; y, a consecuencia de ello, el péndulo que oscila sin cesar en esta Patria, ascendió, como otras veces, a un extremo en que *nada* o *todo* rige o manda en las cuestiones religiosas.

Es difícil comentar nuestra actuación. Basta, de momento, recordarla. Pero, no estamos solos. ¡Cuántas veces los principios religiosos desafinan en la armonía política, o los instrumentos nacionales son superfluos en la grandiosa orquestación espiritual! La invasión de las ideas siempre manda. No de otro modo cabe explicar procesos en que el hombre se abandona, sin saber si es religión, es política o es raza, lo que le induce a proseguir su accidentada ruta.

Las raíces son profundas. Sólo un factor se destaca claramente. De ambos bandos, el uno quiere *conservar* y el otro pide *evolución*. Y, por eso, la irrupción se facilita.

“Quinta columna” es expresión moderna. Pero el sistema es viejo.

El de fuera, en todo tiempo, ha sazonado su propaganda con promesas. No es ahora, sólo, que el imperialista se refugia en una nave enmascarada e induce a suponer que todo es fácil. Hace milenios que cada cual procura hacer lo mismo. La fuerza es el origen. El que la tiene no sabe —o no quiere— adormecerla.

La única diferencia que el tiempo ha introducido está en el hecho de que la oferta del intruso es cada vez más accesible al que no logra, de otro modo, ser más fuerte que el que manda o dirige. Y, para convenirse de ello, basta un rápido vistazo al extranjero; y ya que andamos de ceca en meca para encontrar ejemplos, demos ahora el salto necesario para alcanzar el pueblo que ha sufrido la mayor complicación interna que ofrece nuestra historia.

Me refiero al indio.

No es extraño que las diferentes razas que hoy ocupan su península, defiendan sus principios con tesón. No cabe que haya unión entre las mismas. Nunca pudo haberla. La India, en efecto, es un territorio cuyo clima no coopera a las grandes luchas intestinas. Su suelo, que es feraz, tampoco ayuda. La gente tiende a meditar, a estarse quieta, y las ideas que llegan se concentran sobre el sitio en que viejas sedimentan. Y este proceso comenzó —que ahora sepamos— hace más de tres mil años. El indígena acató los comentarios del Rigveda, con sumisión inquebrantable. Se resignó. Tuvo una paciencia ilimitada; y llegó a sentirse solo, lejos de todo y de sí mismo. Pero cuando el Upanishah le abrió los ojos, haciéndole saber que el Absoluto estaba en el corazón del hombre —¡en su propio corazón!—; o cuando Sankara le dijo que el Ser Supremo era el espacio, del cual formaba parte su persona miserable,

accedió a las dos ideas —a pesar de su contraste—, porque, de momento, le sacaban del vacío metafísico en que estaba.

Más tarde, Buda le convence de lo mucho que ha sufrido. Nada le cuesta creer que las lágrimas vertidas por él mismo y sus abuelos han bastado para llenar los grandes mares. Le encanta oír que un acto caritativo es más importante que la obra más difícil de este mundo; y acoge, en fin, con entusiasmo, la recompensa prometida al caritativo y al sufriente, que consiste en un reposo absolutísimo en Nirvana. Y él que está rendido de tanto meditar sobre "*nacer, sufrir, morir, y luego renacer para empezar un nuevo sufrimiento*", se consuela ante la idea de esperar y... descansar. ¡Pobre paria, que hasta ese día esperaba sin descanso!

Sin embargo, el purgatorio prometido por el Buda Sakiamuni es cosa larga, inacabable. Y, por eso, la materialización del premio, que Mahoma ofrece, o que Lenin define con ofertas más tangibles, son escuchadas suavemente, hasta el extremo de que las huestes militares del primero no encontraron resistencia en su camino, y de que —ahora— la masa está dispuesta a abrir su puerta a las legiones moscovitas.

De resultas, musulmanes y budistas suelen juntarse. Se tropiezan con frecuencia en la mala senda. Su raza y su religión imperan; pero, la política tiende a borrar todo vestigio de las leyes que enseñaron a los indios a sufrir.

En estas condiciones, la península indostánica vacila. Desde los años anteriores e inmediatos a la primera Guerra Grande (1914-18), confía en el Reino Unido para tener un estatuto semejante al Canadá. Durante la contienda, responde al llamamiento que el Go-

bierno le dirige, y envía a combatir a unos 900.000 soldados. Cree pagar —adelantadamente— el precio de su futura independencia; y, sin esperar el resultado, solicita, en 1917, la inauguración de un régimen parlamentario.

El incumplimiento de la promesa británica origina la revuelta de 1919. Calcuta, Nueva Delhy, Bombay, Lahor, etc., son teatros de episodios muy sangrientos; y éstos hubieran degenerado en una insolucionable tragedia sin la intervención de los altos dignatarios musulmanes y budistas, que procuraron evitar toda reyerta, predicando la *no cooperación* con Inglaterra y la *desobediencia* civil de la Península, como exclusivos métodos de insurrección latente.

Por supuesto, la situación es grave; y sólo se remedia —de momento— al publicarse la primera Constitución del territorio nacional, basada en la organización de una Cámara constituida por unos cuarenta personajes designados por la Corona de Inglaterra y un centenar de diputados procedentes del sufragio.

Sin embargo, eso no basta. La llegada de Lord Reading (1921) coincide con motines en los pueblos, que el ejército no puede reprimir. Surgen más ofertas y protestas; y llega a ser indispensable una nueva intervención de los jefazos para calmar a los que instigan a la masa a continuar en su actitud.

Al mismo tiempo, el comunismo actúa; y aunque Litvinof promete suprimir la propaganda, no evita que el *mahatma* —Gandhi—, acompañado de sus fanáticos, se acerque al Indico y tome entre sus manos un poco de agua, para violar, en esta forma, el viejo e inquebrantado monopolio de la sal.

En estos años, el drama continúa. Durante la Se-

gunda Guerra (1942-45), los indios cooperan a la defensa de su propio territorio. Ayudan a Inglaterra, a fin de contener a los nipones, que han cruzado toda Birmania y alcanzan la llanura de Imphal. Pero, apenas rechazado el enemigo, se reproducen los desórdenes, y el Reino Unido empieza a vacilar.

A cada instante, religiones y partidos se confunden para tratar de conseguir la independencia. Pero, en el fondo, el odio late entre las razas infinitas que pululan entre el Ganges y Colombo.

El acuerdo no es probable. Mas si llega a producirse, será debido a una impulsión nacionalista, y no patriota.

El patriotismo es lubricante de la masa, y no causa la discordia. A un tiempo ayuda y colabora e intensifica la potencia, y liga los esfuerzos divergentes, y los conduce hacia una meta que es *victoria* o que es *honor*.

X

Por patriotismo o por idea, el hombre ofrece una labor física o intelectual, y hasta la existencia si es preciso; y ofrece tanta cosa —debe ofrecerla, al menos— sin regateo, ni exigir devoluciones, y sin la idea o la esperanza de poder *pasar la cuenta* de su esfuerzo o de su vida.

Sin embargo, actúa entre límites distantes. Y pongo como caso —en el servicio de las armas—: primero, lo referente al hecho de efectuarlo voluntariamente o no, y, segundo, el método o manera que cada cual adopta cuando se halla en el ejército.

Si el Estado decide que todo hombre ha de servir a

la Nación, sólo queda obedecer, y... “*al mal tiempo, buena cara*”. Pero dentro de la estirpe que decide sujetarse a lo severo, por patriotismo o por simple vocación, hay quien se atiene con firmeza a los cánones castrenses, y quien sólo se limita al cumplimiento del deber. Y, sin embargo, el hombre que, por instinto, escoge la carrera de las armas, debe a su patria mayores sacrificios que los otros; le debe lo difícil: los intereses personales, el bienestar de la familia y el renunciamiento más absoluto a cuanto signifique diversiones o placeres; y lo debe —todo eso— durante el tiempo que esos otros no tienen traba que limite, que retenga o que cercene su entusiasmo por la vida: lo debe *en tiempo de paz*, mas con la recompensa adelantada de ufanarse ilimitadamente de su altruísmo y de poderlo pregonar a todas horas. Y bueno fuera —en relación a esta materia— que todos los que somos militares pudiéramos decir de nuestro oficio lo que dijera Don Quijote de la Mancha, al referirse al suyo, y considerarlo “más trabajoso, y más aporreado, y más hambriento y sediento, miserable, roto y piojoso”, que, sin duda, cualquiera de los otros en que el renunciamiento al bienestar no se pondera de igual modo que el soldado y el caballero lo ponderan cuanto sienten su deber como es debido.

Mas, desgraciadamente, el acicate es necesario: en el Ejército —o en las Fuerzas Militares—, para estimular al individuo que decae; y, en lo demás, porque esas Fuerzas o aquel Ejército no bastan cuando la amenaza se presenta y la Nación —o el amor propio nacional— está en peligro. No en vano, la religión de Atenas estuvo basada en la consagración del patriotismo, y las mujeres espartanas recomendaban “*muerte o victoria*” a los maridos que marchaban a la guerra.

¿Recompensa? Sí, ¿qué menos que la gloria para el caído, que ha dado su vida por salvar a los demás?

Y a ese efecto, nace el héroe, que, a veces, llega a serlo sin querer.

No ha de olvidarse que el verdadero mérito —o la heroicidad suprema— se producen sólo cuando el hombre está alejado de aquellos que aplaudirían su sacrificio. Los verdaderos ideales se extienden más allá del hecho ocasional que los revive. Por eso, el heroísmo es restringido. Caben pocos nombres en la lápida de mármol que los enlista.

Ha habido muchos héroes que sólo fueron muy valientes cuando hicieron su heroicidad; y aun me atrevo a asegurar que los ha habido algo inseguros en tan brillante circunstancia; y es que la ocasión induce a ser valiente: *a parecerlo* (mejor dicho), que es lo que ayuda a serlo “de derecho”. Más aun: el valor no es condición *sine qua non* para ostentar el título de bravo. Y, sin embargo, tengo para mí que los que mueren sin valor, por *no ceder* —pudiendo hacerlo— son más héroes que los bravos que presienten una gloria futura o la esperanza de salir airosos de la empresa o atolladero en que se encuentran.

La heroicidad *a secas*, realizada entre individuos que no la aprecian —o la desprecian—, tiene un valor distinto que la del hombre que hace el sacrificio de su vida en medio de otros que están en el deber de hacer lo mismo cuando llegue su ocasión. Y no me refiero a los diferentes casos en que una serenísima acogida del transpaso es consecuencia de un valor humano (como aquel en que el soldado supedita su existencia a *quedar bien*, o en que dice: “ya que muero, quiero hacerlo dando ejemplo a los *que están y aquí me ven*); como

tampoco pienso en las diferentes fases intuitivas que el sacrificio envuelve: despecho, sarcasmo, o incluso un poco de alegría, malsana e inconfesable. Me refiero solamente al caso en que la muerte se recibe dignamente, cualquiera sea la circunstancia que la produce.

Empiezo, sin embargo, a ser injusto:

*el heroísmo siente, jamás razona;
y por eso la razón estuvo siempre de su lado* (3).

No somos quiénes para juzgar. Y es que “el heroísmo trabaja siempre en desacuerdo con la voz humana, y en contradicción, a veces, con la voz de lo más justo o lo mejor. Heroísmo es obediencia a la impulsión secreta de ciertos caracteres individuales. Su propio significado varía con la persona, ya que hay que suponer que, en su camino, cada uno ve mejor que los demás” (4).

Todos debemos, en efecto, el máximo respeto a los que mueren por su idea o su bandera; y no hablo de la estampada malamente sobre un trapo, sino de esotra que aparece en el momento decisivo, detrás de la retina, y... borra todo para siempre.

CARLOS MARTÍNEZ DE CAMPOS.

(3) *Emerson's Essays and Representative Men.* (Londres, Glasgow.)

(4) *Idem.*

